

Comunicaciones a la Dirección

El Garoé

Sr. Director:

En el número 61 de la *Revista de Historia*, órgano que en lugar tan alto coloca a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, ha publicado mi querido amigo D. Emilio Hardisson un interesante artículo titulado: "El Garoé y la Historia inédita de Quesada y Chaves", en el que aparece un nuevo testimonio de la existencia indiscutible del Arbol Santo, el famoso "til" cantado por Ercilla, Viana, y Cairasco de Figueroa, descrito por Fernández de Oviedo y Andrés Bernáldez, y negado en su existencia real por el escepticismo de Bacón, Cornielle, y nuestro Feijóo.

Y como hace años que guardo en mi fichero de temas canarios un testimonio más, y valioso, que añadir a la larga lista de los que prueban que el Garoé fué un árbol de autenticidad real e histórica, aprovecho la hospitalidad de las páginas de *Revista de Historia* para darlo a conocer. El testimonio es valioso en cuanto refleja las observaciones de un testigo de vista, el Vicario de Valverde de principios del siglo XVII—cuyo nombre me es ignorado—, pero que debía ser hombre culto y de ilustración. Dicho Vicario sirvió de "cicerone" a los primeros padres de la Compañía de Jesús que arribaron a las Islas Canarias con fines misionales, y por la boca de dicho Vicario, seguramente, y con sus observaciones propias, el Padre Alonso García hace una interesantísima descripción del lugar, del árbol, de su rara y anómala situación semihorizontal, y da una explicación científica del fenómeno, con sus períodos de sequía veraniega, superior a la de Torriani, y otras semejantes.

La venida de los primeros jesuitas a las islas está influenciada por la honda amistad que se profesaban el provincial de Andalucía, P. Marcos García del Castillo, y el obispo electo de Canarias D. Lope Velasco de Valdivieso, prior de Roncesvalles, exaltado a la dignidad episcopal en el año de 1612, por bulas del

Papa Paulo V. Como el P. García del Castillo era canario de nacimiento (1), a él pidió el Obispo la designación de tres padres jesuitas que le acompañasen en su viaje para realizar una misión por todas las islas de su nueva diócesis, y para ella fueron designados el P. Simón de Torreblanca, el P. Francisco Luis y el P. Alonso García, autor de la "Relación" detalladísima del viaje y estancia misional en Canarias, que se conserva entre los papeles de la Colección Salazar de la Real Academia de la Historia.

El viaje lo emprendieron en Sevilla el 20 de marzo de 1613, y después de recorrer Gran Canaria, La Palma y Tenerife arribaron a la isla del Hierro, el jueves 10 de octubre del propio año. En ese mismo día vieron el árbol, ya derribado, pero cuyas ramas, hojas y frutos se distinguían todavía, y que les fueron descritos, con la explicación del fenómeno, por el Vicario herreño.

Véase cómo se expresa el P. Alonso García:

"En el Hierro estuvimos doce días que bastaron éstos. Es la isla pequeña, y todos los vecinos vivían en una villa al tiempo que llegamos, que después se repartieron por los campos. Amanecimos jueves diez de octubre en el puerto, salimos a las diez del día a la villa, hallamos en ella un buen Vicario, gran hijo de el Padre Gerónimo de Zaragoza, que Dios tiene en su gloria, y leyó muchos años latín en nuestro Colegio de Sevilla, con gran edificación, gran virtud y mucho provecho de sus discípulos. El dicho Vicario nos hospedó y regalo como lo hicieron otros dos discípulos del mismo padre en los campos de La Palma. Y viendo que aquella tarde no teníamos que hacer hasta otro día viernes que había de predicar nos fuimos el padre Simón de Torreblanca y yo con el Vicario a ver el famoso árbol que en España dicen que destilaba siempre agua, y no es así. Yo le vi derribado, que el se cayó por no ponerle los naturales un puntal o algunas piedras en que estribase. Y lo primero el árbol no era único como decían porque hay otro más abajo, aunque no tan vicioso, y otros hay en las islas como el. Llamánle Thile (como arriba dixe), es a la manera del laurel, pero las hojas más pequeñas y el fruto es como de bellotas pequeñas encerrado casi todo en el capullo. Lo segundo no siempre derramaba agua por las hojas si no era que tenía encima de sí la nieblina que no era de ordinario sino en algunos tiempos: el misterio de tener la nieblina era que corre desde el mar un valle muy hondo y angosto por más de un cuarto de legua, viene a acabarse este valle en un repecho muy alto a donde este árbol estaba, el cual no salía del suelo sino del mismo repecho y se había hecho un arbolado grandísimo, y en su especie el mayor que se conocía por todo el valle entrando de el mar muy ordinarias nieblinas, y corren hasta el repecho donde estaba el árbol, allí paraban casi todas, y se destilaba en agua por sus hojas y la que pasaba adelante de el árbol toda se deshacía en el aire. Y para que yo pudiese testificar de vista el caso quiso Dios que estando yo allí presente viniese la nieblina el valle arriba, y con ella vi que los árboles que allí había destilaban gotas de agua y también las peñas, pero no tanto como el árbol, que como estaba en el repecho recogía en sí todas las nieblinas, y como en el invierno y parte del verano no faltan las

(1) Había nacido en Telde en 1564, siendo hijo de D. Bernardino García del Castillo y de D^a Magdalena Benavente Cabeza de Vaca.

dichas nieblas, siempre el árbol estaba goteando agua bastante para en un día con su noche llenar dos albercas, que hasta hoy duran en aquel lugar tan grande cada una como la que hay en el Colegio de Sevilla en el patinillo de los Naranjos que esta entre el refectorio y la ropería, y que sin duda era cosa bien particular; pero el descuido de los naturales fué tan grande, como ya tenían muchos estanques de agua del cielo, que se olvidaron de este árbol y lo dejaron sin cuidar de ponerle algún estribo, y así desmoronándose la pared de donde el salía con aire grande que hizo, se cayó esta memoria del Hierro tan celebrada de antiguos y modernos, y yo vi sus pedazos, y aunque en los tres meses del estio no destilaba agua en los demas de el año era casi continuo; y esto en cuanto toca al árbol misterioso del Hierro.”

En páginas anteriores de la “Relación” el P. Alonso García, al identificar el árbol herreño con los “tiles” de las demás islas, dice describiendo el bosque de Doramas (Gran Canaria) lo siguiente:

“Pasamos por una montaña que tendra de largo dos leguas y media y otras dos de ancho, la cosa mas espesa de laureles y otros generos de arboles que espero ver, y de uno de entre ellos que llaman Thile, de cuya especie era sin duda el árbol famoso de la isla del Hierro que ha tres años que se cayó, de que diré adelante.”

Resulta así rectificada por el testimonio del P. Alonso García la fecha de la desaparición del Garoé que habrá que datarla en 1610 y no en 1612.

Otras noticias de interés contiene la “Relación” del padre jesuita, pero quedan para mejor ocasión, yendo por delante estas ligeras notas al Garoé herreño.

Antonio RUMEU

En torno a la necrópolis de la Guancha

Sr. Director: Mi estimado amigo el Dr. Alvarez Delgado publicó en el último número de *Revista de Historia* un trabajo que titula “Sobre arqueología Gran Canaria” en el que analiza algunos vestigios de construcciones primitivas en aquella isla, apuntando ideas y referencias dignas de un prolijo examen. El trabajo del Sr. Alvarez se contrae a la Necrópolis de la Guancha, en Gáldar; la Montaña de las Cuatro Puertas, en Telde; y el Barranco del Valerón, en Guía. La primera de dichas estaciones arqueológicas, nos ha sugerido las líneas que siguen.

En julio del actual año tuvimos ocasión de visitar el conjunto de construcciones primitivas llamado Necrópolis de la Guancha, en unión de otros compañeros del “Instituto de Estudios Canarios” cortesmente invitados por destacados miembros del “Museo Canario”.

En una extensa llanura de la costa y muy cerca del mar, se despliega ante el observador un “habitat” anterior a la conquista, en el que se pueden distinguir perfectamente las construcciones que sirvieron de viviendas y las que se

utilizaron como sepulturas, por su forma rectangular las primeras y circulares las segundas. Las piedras utilizadas fueron basaltos generalmente pulimentados por la acción del mar, que en abundancia se encuentran en los alrededores, con tal arte dispuestos que las paredes forman un aparejo muy unido.

La descripción que nos da el historiador Abreu Galindo, coincide en un todo con los restos genuinos de esas construcciones. "Tenían, dice este autor, casas y oficiales que las hacían de piedra seca, y eran tan pulidos, que hacían las paredes tan justas, cerradas y derechas, que parecía llevar mezcla, hacíanlas bajas de pared, y hondas de suelo, porque estuviesen calientes; por encima las cubrían con palos juntos y encima tierra, y a veces estaban dos y tres casas juntas..." (Lib. II. cap. 4º) Excepto que carecían de techumbre las que vimos, los detalles son exactísimos, hasta en la agrupación de viviendas.

Estos establecimientos en la orilla del mar tienen a nuestro juicio una importancia y un interés excepcional, no ya dentro de la arqueología primitiva, sino también por lo que puedan significar en la distribución de la población aborigen de la isla.

Que existió un núcleo humano que tenía su "habitat", su ambiente propio, en las orillas del mar, lo demuestran esos restos de construcciones que aun se conservan; además poseemos una fuente histórica de primer orden anterior a la dominación española, el "Canarien" escrito por Pierre Boutier que cita la aldea de Anguineguin en la misma orilla del mar, con un arroyo que desagaba en el Océano. Dice así: "Et lui bat la mer d'un costé et la rivière d'eau douce de l'autre, laquelle ville se nomme Arguinegui..." (chap. LXVIII.) Posiblemente en la costa de Gáldar, también existió en otro tiempo un nacimiento de agua dulce.

Confirma lo anterior Abreu Galindo que hablando de Gran-Canaria, escribe: "Había en esta isla grandes poblaciones, y así hay rastro de ello por toda la isla, mayormente en la costa de la mar, donde vivía la gente común, que no tenía ganado de que se alimentar, que su principal mantenimiento y sustento era el marisco..." (Lib. II. cap. 2º).

El testimonio de este escritor demuestra que un sector de la población primitiva de Gran-Canaria, la gente común, es decir, los que no poseían ganados y eran pobres, vivían de la pesca, eran ictiófagos. El mismo autor ya citado insiste en tal extremo: "Aprovechábanse los naturales de esta isla mucho del mar, era mantenimiento del común el pescado, que mataban a palos de noche con hachos de tea encendidos de luengo de la costa, y del marisco que hay mucho y bueno en redondo de toda la isla, y hasta el día de hoy es mantenimiento de pobres..."

Veamos como realizaban la pesca: "Si acaso vefan andar en la costa algún bando de sardinas, que hace luego señal en el agua, como eran grandes nadadores echábanse a nado hombres, mujeres y muchachos, y cercaban el bando de las sardinas, e ibanle careando para tierra dando palmadas, o con palos en el agua, y cuando lo tenían cerca tomaban unas esteras largas de juncos con unas piedras atadas a la parte baja llevándola como red, sacaban a tierra mucha sardina. (Cfr. Ab. Galindo, cap. IV; Sedeño, cap. XVII; Sosa, lib. III, cap. 2º.)

Estos mismos autores, y especialmente Galindo, al tratar de la clase privilegiada de la isla, nos dice: "La gente noble vivía la tierra adentro, donde tenía

su asiento, ganado y sementeras." (Cap. II, cit.) En oposición a los habitantes de la costa, los nobles poseían los terrenos más feraces y productivos, así como los de pastos.

Para que el hijo de un noble también lo fuera le dejaban crecer los cabellos y cuando estaba en edad de manejar las armas iba al Faicán y le expresaba su deseo de que le hiciera noble. En una asamblea convocada por aquel sacerdote daba a conocer los deseos del aspirante, exhortando a la concurrencia a que dijera si lo habían visto entrar en corral a ordeñar cabras, matar algún animal, preparar la comida, robar en tiempo de paz, o ser descortés y mal hablado con las mujeres.

La comisión de alguno de esos actos invalidaba la nobleza. Por consiguiente hemos de convenir que existía una clase de personas en la isla que realizaba los actos prohibidos a los nobles, o sea el guardar los rebaños, ordeñarlo, etc. Esta clase era la de los achicaxna o villanos.

El P. Espinosa establece la distinción entre los nobles y villanos, en las siguientes líneas: "Tenían los naturales para sí, que Dios los había creado del agua y de la tierra, tanto hombres como mujeres y dádoles ganado para su sustento; después creó más hombres, y como no les dió ganado, pidiéndoselo a Dios, dijo: "Servid a esotros y daros han de comer" y de allí vinieron los villanos que sirven y se llaman achicaxna." (Cap. VIII.)

Se diferenciaban los nobles de los villanos en que aquéllos tenían el cabello largo y éstos iban trasquilados, hombres y mujeres; al noble se le castigaba de noche y al villano de día. Los enterramientos eran diferentes; a los villanos se les enterraba en hoyos fuera de las cuevas y ataúdes cubiertos con piedras de malpaíses.

Según esto podemos establecer tres clases sociales entre los habitantes de Gran-Canaria, al tiempo de la conquista:

LOS NOBLES.—Dueños de los mejores terrenos de la isla, de los frutos, los pastos y ganados. Estaban investidos de un poder y de una autoridad análoga al Guanarteme.

LOS ACHICAXNA.—Carecían de derechos, vivían en los altos cuidando los rebaños o en los centros de población como siervos. Suponemos que fueron tribus vencidas por otras llegadas con posterioridad a la isla, quedando reducidos a la situación de servidumbre; fenómeno que se da en la historia de los pueblos antiguos.

ICTIOFAGOS.—Grupos inmigrantes que al arribar a la isla se asentaron en las costas, viviendo de la pesca y del marisco; ya porque no pudieron dominar a los nobles anteriormente establecidos, ya por no aceptar el vasallaje de aquellos; conservaron la libertad y fueron respetados dado su número.

Esta distribución de clases la abona el hecho de encontrarla en otros pueblos donde como en Canarias ha existido una fuerte y diversa corriente inmigratoria. Un ejemplo clásico, por no citar otros que alargarian estas líneas, confirma nuestra hipótesis; tal es el de los habitantes del Atica, que se distinguían por razón de su morada y recursos, en tres clases: diacrios, "montañeses", pastores y aldeanos pobres, que vivían frugalmente; paralios, "riberafios", pesca-

dores y marinos; pedieos, "gentes de la llanura", ricos propietarios, eupátridas en su mayor parte.

Siendo esto así, se nos ocurre preguntar: ¿No traería cada uno de esos pueblos una civilización diferente a la Gran-Canaria? ¿Los túmulos y habitaciones de la costa de Guía, no habrán sido levantados por elementos étnicos distintos a los que construyeron la casa de Roma, la del Guanarteme en Gáldar o la Cueva de los Pilares? ¿Fueron éstos o aquellos los que hicieron los túmulos de la Isleta? Cuestiones son esas que estimamos interesantísimas y que ofrecemos a la consideración de nuestros eruditos amigos Alvarez Delgado y Jiménez Sánchez, con un saludo afectuoso.

B. BONNET

Más sobre Silvestre de Balboa Troya y Quesada y su Espejo de Paciencia

Sr. Director: En el número 61 de nuestra Revista, correspondiente a enero-marzo del corriente año, mi querido amigo José Pérez Vidal hace una interesante comunicación—como suya—sobre la primera obra de la literatura cubana, debida al canario, Silvestre de Balboa Troya y Quesada y titulada "Espejo de Paciencia".

Pérez Vidal, siguiendo a Millares Carlo, que en su valiosa "Bio-Bibliografía" se ocupa de tal personaje, nos ofrece unos datos que él personalmente completa recogiendo dos referencias más no citadas por Millares: una de D. Marcelino, en su "Historia de la poesía hispano-americana" y otra de José A. Pérez Carrión en sus "Canarios en América". Trafa Pérez Vidal esta comunicación a cuenta de que en La Habana se había pronunciado una conferencia sobre Balboa por D. Felipe Pichardo en el Ateneo habanero.

Pues bien, hace algún tiempo que poseía sin leer un número de la revista "Archipiélago", boletín de la Institución Hispano-Cubana de la Habana; se trata del número 3, del 31 de julio de 1928. Al escribir el Sr. Max Henríquez Ureña—de ilustre estirpe de investigadores americanos—de "Literatura cubana", se refiere naturalmente al poema de Balboa y nos cuenta interesantes pormenores del mismo, que en estos días he leído.

Se trata, en efecto, de un poema épico-histórico en octavas reales que pertenece a la épica erudita que florecía en aquel tiempo. Se divide en dos cantos y cuenta el primero setenta octavas reales y setenta y siete el segundo. Se cuenta en él, como refiere Pérez Vidal siguiendo a Millares, el viaje del Obispo Cabezas Altamirano, su raptó por el pirata francés Gilberto Girón y la llegada del obispo maniatado y descalzo a la nave del pirata. Allí el consabido elemento mitológico interviene: Tetis, Anfitrite, las nereidas y tritones, ondinas y demás seres, ofrecen su ayuda al obispo el cual no acepta, confiando acaso en la ayu-

da divina. Reunidos luego los vecinos ofrecen cierta cantidad como rescate, previamente pedida por el pirata y el obispo vuelve junto a sus fieles, celebrando su vuelta los seres mitológicos.

El canto segundo refiere la hazaña de Gregorio Ramos, que con veinticuatro hombres—exaltados individualmente—logra mediante una estratagema atacar al pirata y darle muerte cortando su cabeza. Los triunfadores se dirigen al río Bayamo y éste saluda al obispo, artificio muy épico-pastoral de la épica.

Ureña afirma que el autor es conocedor del paisaje que describe y que el "Motete" incluido por Balboa en el canto segundo, como cantado en 1604 después de la muerte del pirata, es sin duda obra suya. Asegura que los seis sonetistas que loan la obra del canario eran inferiores a él como poetas. Reproduce aquí el de uno de ellos, Juan Rodríguez de Sifuentes, que dice así:

"Las siete fortunadas hijas bellas
Donde Marte y Amor tienen su asiento,
Salen surcando el líquido elemento,
Acompañadas de dos mil estrellas.

Y de aquel ámbar-gris, que en todas ellas
Cría el divino Amor del firmamento,
Llega el suave olor que lleva el viento
Por donde se conoce que son ellas.

Llegan adonde vive el que las loa,
Y como hijo dulce y regalado
Laureóle las sienes cada una,

Y así quedó Silvestre de Balboa
De estas siete diademas coronado,
Premio de su virtud, no de fortuna.

Millares, que da el verso inicial de los cinco sonetos restantes, no da el de éste, que publicó por vez primera—dice—el "Aguinaldo Habanero" en 1838. El Sr. Ureña inserta además, el referido motete íntegro y la introducción, así como las octavas que siguen al parlamento del río Bayamo. Millares reproduce nueve versos en los que el autor se refiere a su tierra, Gran Canaria.

Pérez Vidal siguiendo a Millares dice que esta obra, conservada en la "Historia de Cuba y su Catedral" del obispo Morell, obra inédita, está sin publicar

íntegramente. Ahora completo yo a mi amigo Pérez Vidal y a los curiosos de estas cosas, la bibliografía que Ureña nos brinda:

Nestor Ponce de León en su artículo "Los primeros poetas de Cuba" ("Revista Cubana", mayo de 1892) dice que tenía la copia que Echevarría, primer examinador del poema, hizo. De su antiguo dueño pasó al hijo, Julio Ponce de León, que se proponía publicar la obra de Morell en la fecha que Ureña escribe. Pero el "Espejo de Paciencia" ha sido publicado íntegro por José M. Carbonel en el Tomo I de la "Evolución de la cultura cubana". Habana, 1928.

No está, pues, inédito, como mis queridos amigos Millares y Pérez Vidal habían supuesto.

M. R. A.